

# HASTA LUEGO, Y GRACIAS POR EL PESCADO

## Douglas Adams

Título original: So long, and thanks for all the fish  
Traducción: Benito Gómez Ibáñez  
© 1984 by Douglas Adams and Pan Books, Londres  
© 1985 Editorial Anagrama S.A. P. de la Creu 58, Barcelona  
Depósito Legal B. 317-1988



A Jane con mi agradecimiento

A Rick y a Heidi por el préstamo de su estable situación

A Morgens, a Andy y a todos los de Huntsham

Court por una serie de situaciones inestables.

y, en especial, a Sonny Mehta por permanecer

estable en todas las situaciones.

## Prologo

En los remotos e inexplorados confines del arcaico extremo occidental de la Espiral de la Galaxia, brilla un pequeño y despreciable sol amarillento.

En su órbita, a una distancia aproximada de ciento cincuenta millones de kilómetros gira un pequeño planeta totalmente insignificante de color azul verdoso, cuyos pobladores, descendientes de los simios, son tan asombrosamente primitivos que aún creen que los relojes digitales son de muy buen gusto.

Ese planeta tiene o, mejor dicho, tenía el problema siguiente: la mayoría de sus habitantes eran desdichados durante casi todo el tiempo.

Muchas soluciones se sugirieron para tal problema, pero la mayor parte de ellas se referían principalmente a los movimientos de unos papelitos verdes; cosa extraña, ya que los papelitos verdes no eran precisamente quienes se sentían desdichados.

De manera que persistió el problema; muchos eran mezquinos, y la mayoría se sentían desgraciados, incluso los que poseían relojes digitales.

Cada vez eran más los que pensaban que, en primer lugar, habían cometido un grave error al bajar de los árboles. Y algunos afirmaban que lo de los árboles había sido una equivocación, y que nadie debería haber salido de los océanos.

Y entonces, un jueves, casi dos mil años después de que clavarán a un hombre a un árbol por decir que, para variar, sería estupendo portarse bien con los demás, una muchacha sentada sola en un pequeño bar de Rickmansworth comprendió de pronto qué había ido mal hasta entonces, y supo por fin cómo el mundo podría convertirse en un lugar agradable y feliz. Esta vez era cierto, daría resultado, y no habría que clavar a nadie a ningún sitio.

Lamentablemente, sin embargo, antes de que, pudiera llegar a un teléfono para contárselo a alguien, la Tierra fue súbitamente demolida para dar paso a una nueva vía de circunvalación hiperespacial. Y así se perdió la idea, al parecer para siempre.

Esta es la historia de la muchacha.

## 1

Aquella tarde oscureció pronto, que era lo normal para la época del año. Hacía frío y viento, lo que también era normal.

Empezó a llover, cosa que era especialmente normal.

Aterrizó una nave espacial, y eso no lo era.

En los alrededores no había nadie para verlo, salvo algunos cuadrúpedos espectacularmente estúpidos que no tenían la menor idea de cómo interpretarlo, de si tenían que tomárselo de algún modo, o comérselo, o qué. Así que hicieron lo de siempre, salir corriendo y tratar de ocultarse los unos debajo de los otros, cosa que nunca salía bien.

La nave descendió con suavidad de las nubes, como apoyada en un rayo de luz.

Desde lejos apenas se habría reparado en ella entre los relámpagos y las nubes de tormenta, pero vista de cerca resultaba extrañamente bella: una nave gris, de forma elegante y muy pequeña.

Desde luego, nunca se tiene la menor idea del tamaño o la forma que las distintas especies llegan a tener, pero si se considerasen los resultados del último informe sobre el Censo de la Galaxia Central como una guía precisa de promedios estadísticos, la capacidad de la nave probablemente se calcularía en seis personas; y se estaría en lo cierto.

De todos modos, es probable que lo hubiesen adivinado. El informe del Censo, como tantas otras encuestas por el estilo, había costado un enorme montón de dinero, y a nadie le dijo nada que no supiera ya, salvo que cada individuo de la Galaxia tenía 2,4 piernas y poseía una hiena. Dado que, evidentemente, eso no es cierto, todo el asunto quedó descartado al final.

La nave se deslizó hacia abajo suavemente entre la lluvia, mientras sus tenues focos la envolvían en delicados arco iris. Emitía un zumbido muy quedo, que fue haciéndose cada vez más alto y profundo a medida que se acercaba al suelo, y que al llegar a una altura de quince centímetros se convirtió en un fuerte zumbido.

Por fin aterrizó y permaneció silenciosa.

Se abrió una escotilla. Se desplegó una pequeña escalera. Apareció una luz en la abertura, brillante, derramándose en la noche húmeda, y en el interior se movieron sombras.

Una silueta alta se recortó en la luz, miró alrededor, titubeó, y bajó aprisa los escalones, llevando bajo el brazo una amplia bolsa de la compra.

Se volvió e hizo una brusca señal única hacia la nave. La lluvia le empezó a chorrear por los cabellos.

- ¡Gracias! - gritó -. Muchas gra...

Le interrumpió la seca descarga de un trueno. Alzó la vista con recelo y, en respuesta a una súbita ocurrencia, empezó a revolver dentro de la gran bolsa de plástico, en cuyo fondo descubrió entonces un agujero.

Las grandes letras que llevaba impresas a un lado, decían (para todo aquel que pudiese descifrar el alfabeto centáurico): Megamercado libre de impuestos, Puerto Brasta, Alfa Centauri. Sea como el vigésimo segundo elefante revalorizado del espacio, ¡ladre!

- ¡Esperad! - llamó la silueta, haciendo señas a la nave.

La escala, que había empezado a plegarse de nuevo por la escotilla, se detuvo, volvió a extenderse y le permitió entrar otra vez.

Pocos segundos después volvió a salir con una toalla (usada) y raída que metió en la bolsa.

Se despidió de nuevo con la mano, se puso la bolsa bajo el brazo y echó a correr para refugiarse bajo unos árboles mientras, a su espalda, la nave ya iniciaba la ascensión.

Un relámpago fulguró en el cielo y la figura se detuvo un momento para seguir luego la marcha, de prisa, reconsiderando el camino para mantenerse apartada de los árboles. Se movía con rapidez, resbalando aquí y allá, encorvado para protegerse de la lluvia, que ahora caía con creciente intensidad, como arrojada del cielo.

Sus pies chapoteaban por el barro. El trueno retumbaba en las montañas. Inútilmente, se limpió la lluvia de la cara y siguió avanzando a trompicones.

Más luces.

Esta vez no eran relámpagos, sino luces más tenues y difusas que barrían lentamente el horizonte y desaparecían.

Al verlas, la figura se detuvo de nuevo y luego redobló el paso, dirigiéndose en línea recta al punto del horizonte de donde procedían.

Pero entonces el terreno empezó a hacerse más pendiente, empinándose hacia arriba, y al cabo de doscientos o trescientos metros, terminaba en un obstáculo. Se detuvo a examinar la barrera y luego arrojó la bolsa por encima, antes de escalarla ella misma.

Apenas había tocado el suelo al otro lado, cuando una máquina salió de la lluvia derramando torrentes de luz a través del muro de agua. La figura se echó atrás mientras la máquina avanzaba velozmente hacia ella. Tenía una forma achaparrada y bulbosa, como una pequeña ballena flotando: lustrosa, gris y redonda, moviéndose con velocidad aterradora.

Instintivamente, la figura alzó las manos para protegerse, pero sólo le alcanzó un chorro de agua, mientras la máquina pasó como una exhalación y se perdió en la noche.

La iluminó brevemente otro relámpago que surcó el cielo, lo que permitió leer a la empapada figura detenida al borde de la carretera durante una décima de segundo, antes de que desapareciera, un pequeño letrero que la máquina llevaba en la parte trasera.

Ante el aparente incrédulo asombro de la figura, el letrero decía: «Mi otro coche también es un Porsche.»

## 2

Rob McKenna era un despreciable hijo de puta y él lo sabía porque a lo largo de los años se lo había dicho mucha gente y no veía razón para contradecirlo, salvo la evidente de que le gustaba discrepar, sobre todo de las personas que no le gustaban, lo que a fin de cuentas incluía a todo el mundo.

Suspiró y cambió de marcha.

La cuesta empezaba a hacerse más pronunciada y su camión iba lleno de aparatos daneses para controlar radiadores termostáticos.

No es que tuviese una predisposición natural para estar de tan mal humor, al menos eso esperaba. Sólo era la lluvia que le deprimía, siempre la lluvia.

Ahora estaba lloviendo, para variar.

Era un tipo de lluvia particular, que le desagradaba especialmente, sobre todo cuando conducía. Le había puesto un número. Era lluvia del tipo 17.

En alguna parte había leído que los esquimales tenían más de doscientas palabras para la nieve, sin las cuales su conversación probablemente se volvería muy monótona. Así que distinguían la nieve fina y la gruesa, la suave y la pesada, la nieve fangosa, la frágil, la que cae a ráfagas, la que arrastra el viento, la nieve que desprende las botas del vecino por el limpio suelo del igloo, las nieves de invierno, las de primavera, las nieves que se recuerdan de la infancia, que eran muchísimo mejores que cualquier nieve moderna; la nieve fina, la nieve ligera, la de la montaña, la del valle, la que cae por la mañana, la que cae por la noche, la que cae de repente cuando uno va a pescar, y la nieve

sobre la que mean los perros esquimales a pesar de los esfuerzos para enseñarles a que no lo hagan.

Rob McKenna tenía anotados en su librito doscientos treinta y un tipos diferentes de lluvia y no le gustaba ninguno.

Metió otra velocidad y el camión aumentó las revoluciones. Gruñó de forma placentera por todos los aparatos daneses de control de radiadores termostáticos que transportaba.

Desde que saliera de Dinamarca la tarde anterior, había pasado por el tipo 33 (llovizna punzante que deja las carreteras resbaladizas), por el 39 (fuerte chaparrón), de 47 al 51 (de una suave llovizna vertical a otra ligera, pero muy sesgada, hasta un calabobos moderado y refrescante), por el 87 y 88 (dos variedades sutilmente distintas del chaparrón torrencial vertical), por el 100 (el chubasco que sigue al chaparrón, frío), por todos los tipos de borrasca marina comprendidos entre el 192 y el 213 al mismo tiempo, por el 123, el 124, el 126, el 127 (aguaceros fríos, templados e intermedios, tamborileos sobre la carrocería, continuos y sincopados), por el 11 (gotitas alegres) y ahora por el que menos le gustaba de todos, el 17.

La lluvia del tipo 17 era un sucio chorro que golpeaba tan fuerte contra el parabrisas, que daba igual tener las escobillas conectadas o no.

Comprobó esta teoría desconectándolas un momento, pero resultó que la visibilidad empeoró más todavía. Y tampoco mejoró cuando volvió a conectarlas.

En realidad, una de las escobillas empezó a dar aletazos.

Suulss suulss plop, suulss suuiss plop, suulss suulss plop, suulss suulss plop, suulss plop plop, plap, rayajo.

Aporreó el volante, dio patadas al suelo y golpes al radiocassette, hasta que de pronto empezó a sonar Barry Manilow; luego lo golpeó de nuevo hasta que se paró, y soltó tacos y tacos. Tacos y más tacos.

En aquel preciso momento, cuando su furia alcanzaba el punto culminante, percibió una forma indistinta surgida ante los faros, apenas visible en el chaparrón, al borde de la carretera.

Una pobre figura manchada de barro, extrañamente vestida, más mojada que una nutria en una lavadora y que hacía autostop.

- Pobre desgraciado cabrón - pensó Rob McKenna, dándose cuenta de que había alguien con más derecho que él a sentirse como un pingajo -, debe de estar helado. Qué estupidez, salir a hacer autostop en una noche tan asquerosa como ésta. Lo único que se saca es frío, lluvia y camiones que te salpican al pasar por los charcos.

Meneó sombríamente la cabeza, suspiró de nuevo, torció el volante y se metió de lleno en un gran charco de agua.

- ¿Ves lo que quiero decir? - dijo para sus adentros mientras surcaba raudo el charco -. La carretera está llena de cabrones.

Entre salpicaduras, un par de segundos después apareció en el retrovisor la imagen del autostopista, empapado al borde de la carretera.

Por un momento experimentó una sensación agradable por lo que acababa de hacer. Poco después lamentó que aquello le regocijara. Luego se alegró por haberse arrepentido de su anterior diversión y, satisfecho, siguió conduciendo a través de la noche.

Al menos se desquitó de que terminara adelantándole aquel Porsche al que concienzudamente había estado cortándole el paso durante los últimos treinta kilómetros.

Y mientras conducía, las nubes arrastraban el cielo tras él, porque, aunque él no lo sabía, Rob McKenna era un Dios de la Lluvia. Lo único que sabía era que sus jornadas de trabajo resultaban desgraciadas y que sus vacaciones eran una sucesión de días asquerosos. Lo único que sabían las nubes era que le amaban y querían estar cerca de él, para mimarlo y empapararlo de agua.

### 3

Los dos camiones siguientes no iban conducidos por dioses de la lluvia, pero hicieron exactamente lo mismo.

La figura prosiguió la penosa marcha, más bien chapoteando, hasta que la cuesta apareció de nuevo y el traicionero charco de agua quedó atrás.

Al cabo de un rato, la lluvia empezó a amainar y la luna hizo una breve aparición desde detrás de las nubes.

Pasó un Renault, y su conductor hizo complicadas y frenéticas señales a la figura que andaba trabajosamente, para indicarle que en circunstancias normales le habría encantado llevarla en su coche, pero que ahora no podía porque no iba en esa dirección, cualquiera que fuese, y que estaba seguro de que lo entendería. Terminó haciéndole una seña con los pulgares en alto, alegremente, como para comunicarle que esperaba que se encontrara estupendamente por tener frío y estar casi totalmente empapada, y que le recogería la próxima vez que la viera.

La figura prosiguió la penosa marcha. Pasó un Fiat e hizo exactamente lo mismo que el Renault.

En dirección contraria pasó un Maxi y guiñó los faros a la figura, que avanzaba lentamente, aunque no quedó claro si el centelleo significaba «Hola», o «Lamento que vayamos en dirección contraria», o «Mira, hay alguien en la lluvia ¡qué broma!». Una franja verde en la parte superior del parabrisas indicaba que, cualquiera que fuese el mensaje, venía de parte de Steve y Carola.

La tormenta había cesado definitivamente, y los escasos truenos resonaban en las colinas más lejanas, como alguien que dije «Y una cosa más...», veinte minutos después de haber reconocido que había perdido el hilo de su argumentación.

El aire estaba más despejado ahora y la noche era más fría. El sonido viajaba bastante bien. La perdida figura, tiritando desesperadamente, llegó a una encrucijada, donde una carretera lateral torcía a la izquierda. Frente al desvío había un poste de señalización al que se acercó a toda prisa para estudiarlo con febril curiosidad, apartándose bruscamente cuando otro coche pasó de pronto.

Y otro.

Y el primero pasó de largo con absoluta indiferencia; el segundo hizo centellear los faros tontamente. Apareció un Ford Cortina y frenó.

Tambaleándose por la sorpresa, la figura se apretujó la bolsa contra el pecho y se apresuró hacia el coche, pero en el último momento el Cortina giró sus ruedas sobre la carretera húmeda y salió pitando con aire bastante divertido.

La figura aflojó el paso hasta detenerse y allí quedó, desalentada y perdida.

Dio la casualidad de que al día siguiente el conductor del Cortina fue al hospital a que le extirparan el apéndice, sólo que debido a una confusión más bien divertida el cirujano le amputó la pierna por error, y antes de que se preparara de nuevo la apendisectomía, la apendicitis se complicó, convirtiéndose en un divertido caso grave de peritonitis y, en cierto modo, se hizo justicia.

La figura prosiguió su penosa marcha.

Un Saab se detuvo a su lado.

La ventanilla bajó y una voz dijo en tono cordial:

- ¿Viene de lejos?

La figura se volvió hacia el coche. Se detuvo y asió el picaporte.

La figura, el coche y la manecilla de la puerta se encontraban todos en un planeta llamado Tierra, en un mundo que la Guía del autostopista galáctico explicaba en un artículo con sólo dos palabras: «Esencialmente inofensivo.»

La persona que escribió el artículo se llamaba Ford Prefect y en aquel preciso momento se encontraba en un mundo no tan inofensivo, sentado en un bar nada inofensivo, y armando bronca imprudentemente.

#### 4

Un observador casual no hubiera sabido si estaba borracho o enfermo, o si era un loco suicida y realmente, no había observadores casuales en el bar del Viejo Perro Rosa, en la parte baja del barrio Sur de Han Dold, porque no era la clase de sitio en que uno podía permitirse hacer cosas de manera casual si es que quería seguir vivo. Los mirones del local serían observadores mezquinos, como halcones, estarían armados hasta los dientes y tendrían dolorosas punzadas en la cabeza que les llevaría a hacer cosas disparatadas al ver algo que no fuese de su agrado.

Sobre el local había caído uno de esos feos silencios, de la especie que se crea cuando hay una crisis por los misiles.

Hasta el pájaro de mala pinta que estaba encaramado sobre un palo había dejado de graznar los nombres y direcciones de lo que prestaba los asesinos a sueldo de por allí, que era un servicio gratis.

Todos los ojos estaban fijos en Ford Prefect. Algunos se salían de las órbitas.

La manera particular en que hoy, temerariamente, jugaba a los dados con la muerte, consistía en un intento de pagar la cuenta de las copas del volumen semejante al de un reducido presupuesto de defensa, con una tarjeta de American Express, que no admitían en parte alguna del universo conocido.

- ¿Por qué os preocupáis? - preguntó en tono animado. ¿Por la fecha de caducidad? ¿Es que no habéis oído hablar por aquí de la neorrelatividad? Hay campos de la física enteramente nuevos que se ocupan de estas cosas. Efectos de la dilatación del tiempo, relatividad temporal...

- No nos preocupa la fecha de caducidad - contestó el hombre a quien iban dirigidos tales comentarios, que era un tabernero peligroso en una ciudad peligrosa.

Su voz era un ronroneo bajo y suave, como el que se oye al abrir un silo de proyectiles nucleares. Con una mano semejante a un solomillo golpeó la barra y la abolló un poco.

- Bueno, entonces ya está arreglado - dijo Ford, guardando las cosas en la bolsa y disponiéndose a marchar.

El dedo que tamborileaba sobre la barra se alzó y quedó levemente apoyado en el hombro de Ford Prefect, impidiendo su marcha.

Aunque el dedo formaba parte de una mano semejante a una losa, y la mano era la continuación de un brazo que parecía una maza, el brazo no estaba unido a nada en absoluto, salvo en un sentido metafórico: una ardiente y perruna lealtad lo vinculaba al bar que era su hogar. En el pasado había pertenecido, de manera más convencional, al primer dueño del bar, que en su lecho de muerte lo había legado a la ciencia médica. La ciencia médica decidió que no le gustaba el aspecto del brazo, y lo legó de nuevo al bar del Viejo Perro Rosa.

El nuevo tabernero no creía en lo sobrenatural, ni en duendes ni en ninguna de esas tonterías, sólo que reconocía a un aliado útil nada más ponerle los ojos encima. La mano se quedaba sobre la barra. Tomaba los pedidos, servía copas, y daba un trato criminal a los que se comportaban como si quisieran ser asesinados.

Ford Prefect permaneció sentado y quieto.

- No nos preocupa la fecha de caducidad - repitió el tabernero satisfecho de que Ford Prefect le dedicara, por fin, toda su atención -. Nos preocupa el plástico.

- ¿Qué? - preguntó Ford, que parecía un tanto desconcertado.

- Esto - dijo el tabernero, cogiendo la tarjeta como si fuera un pecesito cuya alma hubiera volado tres semanas antes al territorio donde los peces encuentran la eterna felicidad -. No lo admitimos. Ford consideró brevemente la cuestión de decir que no tenía otro modo de pagar, pero de momento decidió seguir con el mismo rollo. La mano sin cuerpo le tenía ahora cogido por el hombro, presionándole suave pero firmemente con el pulgar y el índice.

- Pero no lo entiende - objetó Ford, con una expresión que pasó de una leve sorpresa a una incredulidad total -. Esta es la tarjeta del American Express. La mejor manera de pagar que conoce la humanidad. ¿Es que no ha leído los papelotes que mandan por correo?

El tono alegre de la voz de Ford empezaba a rechinar en los oídos del tabernero. Sonaba como si alguien tocara implacablemente el kazoo durante uno de los pasajes más sombríos de un réquiem de guerra.

Dos huesos del hombro de Ford empezaron a crujir el uno contra el otro de un modo que hacía pensar que la mano había aprendido los principios del dolor de un quiropráctico muy experimentado. Ford confiaba en arreglar el asunto antes de que los huesos del hombro empezaran a crujir contra otras partes del



cuerpo. Afortunadamente, el hombro que la mano apretaba no era el mismo que aquel en que tenía colgada la bolsa.

El tabernero le devolvió la tarjeta deslizándola sobre la barra.

- Nunca hemos oído hablar de esto - declaró con muda ferocidad.

Lo que no era para sorprenderse mucho.

Ford había conseguido la tarjeta mediante un grave error informático al final de su estancia de quince años en el planeta Tierra. La empresa del American Express descubrió en seguida la exacta gravedad del error, y las estridentes y despavoridas solicitudes del departamento de recaudación de deudas sólo quedaron silenciadas cuando de manera inesperada los vogones demolieron el planeta entero para dar paso a una nueva vía de circunvalación hiperespacial.

La había conservado porque descubrió que resultaba útil llevar una forma de pago que nadie aceptaba.

- ¿Crédito? - dijo -. ¡Aaaajff...!

Esas dos palabras solían ir asociadas en el bar del Viejo Perro Rosa.

- Creía - jadeó Ford - que éste era un establecimiento de categoría...

Echó una mirada a la variopinta mezcla de matones, chulos y directivos de casas de discos que deambulaban por los cercos de luz tenue que salpicaban las negras sombras de los rincones más escondidos del bar. Todos estaban mirando intencionadamente en cualquier dirección menos en la suya, reanudando con cuidado el hilo de sus anteriores conversaciones sobre asesinatos, redes de tráfico de drogas y negocios de grabaciones musicales. Sabían lo que pasaría a continuación y no querían mirar por si se les quitaban las ganas de beber.

- Vas a morir, muchacho - murmuró suavemente el tabernero a Ford Prefect.

La prueba estaba a su lado. Antiguamente había en el bar un letrero colgado que decía: «No pida al fiado, por favor: un puñetazo en la boca molesta un poco.» Pero en aras de una exactitud rigurosa, el cartel se había modificado del modo siguiente: «No pida al fiado, por favor: el hecho de que un ave salvaje le retuerza el pescuezo mientras una mano sin cuerpo le aplasta la cabeza contra la barra molesta un poco.» No obstante, todo eso convertía al letrero en una confusión ilegible, y no sonaba lo mismo, de modo que también lo quitaron. Se pensó que la historia se daría a conocer por sus propios medios, y así fue.

- Déjeme ver la cuenta otra vez - pidió Ford.

La cogió y la estudió con cuidado bajo la pérfida mirada del tabernero, y la igualmente maligna mirada del pájaro, que en aquel momento se dedicaba a hacer grandes muescas con las garras en la superficie de la barra.

Era un trozo de papel de tamaño más bien grande.

Al final había una cifra que parecía uno de esos números de serie que hay en la parte de abajo de los aparatos estereofónicos y que siempre se tarda tanto en copiar en el formulario de registro. Al fin y al cabo, había estado todo el día en el bar, bebiendo un montón de cosas con burbujas, y había invitado a muchas rondas a todos los chulos, matones y directivos de casas de discos que, de pronto, no le recordaban.

Carraspeó en tono muy bajo y se tanteó los bolsillos. No había nada en ellos, tal como ya sabía. Dejó la mano izquierda, suave pero firmemente, sobre la tapa medio abierta de la bolsa. La mano sin cuerpo renovó la presión sobre su hombro derecho.

- ¿Comprendes? - dijo el tabernero, y su rostro pareció temblar de perversidad ante los ojos de Ford -. Tengo que pensar en mi reputación. Lo entiendes, ¿verdad?

Ya está, pensó Ford. No quedaba más remedio. Había cumplido las normas, intentado pagar la cuenta de buena fe; no se lo habían permitido. Ahora corría peligro su vida.

- Pues - dijo con voz queda - si se trata de su reputación...

Con un súbito alarde de velocidad abrió la bolsa y, de golpe, depositó encima de la barra su ejemplar de la Guía del autostopista galáctico y la tarjeta oficial donde se declaraba que era un investigador de campo de la Guía y que de ninguna manera le estaba permitido hacer lo que estaba haciendo.

- ¿Quiere aparecer aquí?

El rostro del tabernero se paralizó en medio de uno de sus temblores perversos. Las garras del pájaro se detuvieron a mitad de un surco. Despacio, la mano soltó el hombro de Ford.

En un murmullo apenas audible, entre los labios secos, el tabernero aseguró:

- Eso es más que suficiente, señor.

## 5

La Guía del autostopista galáctico es una institución poderosa. En realidad, su influencia es tan prodigiosa, que su plantilla editorial debió redactar normas estrictas para evitar abusos. De manera que a ninguno de sus investigadores de campo le está permitido aceptar clase alguna de servicios, descuentos o trato preferente a cambio de favores editoriales, salvo si:

a) Han intentado de buena fe pagar por su servicio en la forma acostumbrada; b) Su vida corre peligro; c) Les viene en gana.

Como invocar la tercera norma significaba darle una participación al editor, Ford siempre prefería hacerse el tonto con las dos primeras.

Salió a la calle y echó a andar a paso vivo.

El aire era sofocante, pero le gustaba porque era un aire sofocante de ciudad, lleno de olores excitantes y desagradables, de música peligrosa y del lejano rumor de tribus policiales en guerra.

Llevaba la bolsa con un movimiento de suave balanceo que le permitiera lanzarla contra cualquiera que pretendiese quitársela sin pedírsela. Contenía todas sus pertenencias, que por el momento no eran muchas.

Una limusina pasó por la calle a toda velocidad, sorteando los montones de basura humeante y asustando a un lobo viejo que merodeaba por allí y, dando tumbos, se apartó de su camino, tropezó contra el escaparate de un herbolario, disparó una gimiente alarma, avanzó a trompicones por la calle y luego fingió caer por los escalones de un pequeño restaurante italiano donde sabía que le tomarían una fotografía y le darían de comer.

Ford iba en dirección norte. Pensaba que tal vez llegaría al puerto espacial, pero eso ya lo había pensado antes. Sabía que estaba atravesando esa parte de la ciudad donde los planes de la gente cambian a menudo de forma bastante brusca.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

